

Entre letras y escaleras

Despierto una mañana más con el sonido de los coches de fondo y las bocinas retumbando contra los edificios. Mientras estaba sumido en mi sueño profundo me había olvidado de que había dormido fuera del barrio, cerca de la ciudad. No es una costumbre habitual pero anoche me alejé más de lo normal y acabé agotado como para subir al Risco y dormir en casa. Con suerte encontré un jardín lejos del piche, lleno de matorrales bien acolchado de hojas, aunque la verdad es que esto nada tiene que ver con la tranquilidad de las alturas.

Me limpio los bigotes buscando las ganas para emprender el camino y a paso lento me alejo del barullo del tráfico. Los muros del Castillo de Mata siempre fueron mi acceso favorito, con un par de saltos y sin mucho esfuerzo estoy en San Lázaro, lejos de las construcciones grandes y del peligro de los conductores que no se preocupan mucho si cruzamos la calle. En el ascenso las calles se estrechan y es una alegría para mí que no haya espacio para los coches. Por aquí puedo andar, escalar y correr a mis anchas sin la preocupación de morir en el próximo salto pues conozco estas calles como la palma de mi pata. Pero hoy no es día para prisas.

En mi paseo mañanero en una de las calles que llegan a San Nicolás me encuentro a tres jóvenes que nunca antes había visto. Algo raro, pues conozco el olor de todos los vecinos pero y éstos ¿a que huelen? Lo miran todo con curiosidad y sacan fotos de todas las esquinas ¿Qué andarán buscando? ¿Una historia?

A paso acelerado los dejo atrás y atajo camino por encima de los tejados. Pocos podemos admirar las alturas de este barrio ¡que son muchas! y la cotidianidad que no sabe que es mirada a través de una ventana. Una señora pisa con fuerza el pedal de su máquina de coser mientras su nieta juega detrás de ella a construirse un refugio. El currante nocturno que duerme con la boca abierta en su sofá de una plaza. La mujer que se maquilla mirándose en un espejo diminuto o el despertador que suena y es apagado de un manotazo. Las mañanas transcurren tranquilas y los móviles que cuelgan de las terrazas disimulan el estruendoso corre corre de la ciudad. Juego con los colgantes un rato y me tumbo, el sol calienta las planchas y desde aquí contemplo los edificios que florecen en el horizonte, los barcos que zarpan vete a saber a dónde y las plataformas de hierro que han incrustado en la costa.

Cansado de pensar en lo que veo a mí alrededor de un brinco me incorporo para seguir mi rutina. Podría decir que estoy de camino a mi hogar pero en realidad ya estoy en él. Tejados, veredas, muros de piedra, escondrijos, paterres, casas abandonadas, socos, las hojas de palmera, el cacharro de agua limpia que sirve la vecina del mechón blanco todos los días, los restos de pescado en una vasija de barro, los ratones paseando por las noches, las caricias de los viejos y los niños jugando al escondite. Aún quedan resquicios

de los que habitaron aquí en el pasado, todavía se pueden ver algunas chalanas lejos del mar de cuando el agua hacía del risco un barrio pesquero, o restos de vasijas de barro de los artesanos que allí vivían o los hombres cargando las manijas de plátanos ladera arriba. Podrían pensar que un barrio puede ser aburrido pero este tiene algo de especial. Entre las casitas construidas unas sobre otras y sus esquinas, vagan muchas historias ¡cuántas habrán correteado por las escaleras y los estrechos pasadizos! Admiro esta extraña belleza imperceptible para algunos ojos, mientras acaricio con mi cola el cemento frío.

A la vuelta del tejado está la casa del señor que siempre me deja comida en un rincón que sólo él y yo conocemos, un secreto entre vecinos. Muchos de ellos piensan que estoy viejo, aunque cierto es que no es lo mismo subir las escaleras amarillas de la calle Nogal ahora que hace un par de años y que mis habilidades de caza no son tan precisas pero...supongo que unos me quieren más que otros. Ese reservado rincón se encuentra donde colisionan dos casas, la del señor y la de una familia de cinco hijos. Un lugar al que accedo de un salto desde el tejado y donde el hombre tiene acceso desde una de las ventanas de su garaje. Cada día deja algo delicioso allí con la esperanza de que al mirar al día siguiente el plato este vacío y yo cumpla sus expectativas, deseando que al día siguiente el plato este lleno. Con mis pupilas dilatadas esperando lo mejor apresuro el paso para llegar al lugar. Allí, desde lo alto, veo que me esperan unas sobras de caldo de pescado y me abalanzo para relamerlo hasta quedarme satisfecho. Termino limpiándome los morros manchados y algo me cruza la mente. Todo este tiempo he estado más preocupado de encontrar el plato lleno y nunca me había preguntado quien es la mano que lo llena.

Conozco a la mayoría de los vecinos aunque algunos más que a otros. Cierto es que este señor mayor sólo lo crucé en pocas ocasiones por la calle ¡siempre está metido en su garaje! Y hasta ahora no me he preguntado que se trae entre manos en ese lugar. La ventana desde la que deja la comida es opaca y nunca la deja abierta, así que mi curiosidad ni se había molestado en despertarse cuando iba por allí. Sin embargo, hoy me sentía diferente, quería saber qué hace cada día en ese cuarto grande.

Bajé de los tejados y comencé a caminar por los callejones buscando el sitio a donde daba la puerta principal. Entre algunas casas descuidadas y otras a medio hacer, una puerta corroída que en el pasado parecía ser de color verde estaba entreabierta, dejando pasar una pizca de luz e invitándome a entrar. Sin más y muy cautelosamente me adentré, esperando que nadie me hubiese visto. Normalmente ando a mis anchas por todos lados pero meterse en las casas ajenas suele acabar mal si no eras más astuto que los que habitan allí.

Una vez dentro comencé a investigar. Había muchas mesas y cachivaches, burras con tablas llenas de herramientas, telarañas, tongas de trozos de metal, artefactos colgando de las paredes y unas sombras sobre las mesas que no acababa de distinguir que eran. Intentando no hacer ruido y con una acrobacia de puro circo aterricé en una de las mesas. No había nadie allí sólo yo. Gatunamente caminé sobre las mesas acercándome a aquellas sombras y de repente vi lo que eran.

Las había visto en otras casas, en lugares donde la gente trabajaba. Se pasaban muchas horas pulsando las teclas y a cada rato se oía una campanita. Escuché una señora echar la bronca a su hijo porque se pasaba todo el día allí sentado, escribiendo historias inventadas. ¿Una máquina para guardar historias?

Aquello no era una casa, era un taller. Un poco desordenado y lleno de trastos. Cajas de herramientas de todo tipo, partes de las máquinas esparcidas como un cadáver en algunas mesas, letras saliendo de todas partes y folios y folios escritos a tinta negra y roja. Estaba ensimismado con el lugar cuando de repente el rechinar de la puerta me asustó. Alguien entraba y corrí a esconderme en el primer recoveco que encontré. Refunfuñando y sin respiración el señor dejaba caer algo en la mesa.

- ¡Otra máquina más! ¡Acaso no tengo suficiente con todas las que tengo aquí atascadas! Cada semana subir esas escaleras como una mula de carga me tiene esconchabado.

Parecía enfadado, había descargado otra de esas máquinas con un aspecto horrendo en la mesa. Un señor que habrá nacido cuando salía agua del pilar de enfrente de la tienda de Paquita o cuando mi familia iba beber a donde las mujeres iban a lavar la ropa en la caja del agua. Se notaba la vejez en su mirada cansada, parecía haber visto muchas cosas.

- ¿Qué te pasa Aquino? ¡Fuerte pejiquera! ¿Otra vez maldiciendo las máquinas? Relájate un poco anda que se te oyen los gritos desde San Roque.

Una mujer, probablemente su esposa, desde la calle intentaba tranquilizarlo, sin obtener muchos resultados. Mientras, el señor desde dentro maldecía susurrando en lo que iba desarmando el armatoste que acababa de traer. Con una destreza inimaginable desencajaba, articulaba y limpiaba la máquina. Algo estaba atorado entre los mecanismos que costaba sacar. Entre tanto trabajo continuaba hablando solo.

- Cada uno debería ocuparse de sus propias historias ¡pero no! Si pudiera contar todas las que han pasado por este taller...Son un puñado muy grande...que sabía yo en donde me metía.

Las teclas de la máquina de escribir se atoraban, algunos personajes se caían o no encajaban, algunas estaban inacabadas y otras eran bocetos que no terminaron de encontrar un final. Él mientras tanto colocaba las palabras en su lugar, retocaba los personajes, anillaba los párrafos y daba su toque manual y personal a todo lo que saldría reparado de aquella puerta. Después de unas horas, el arretranco que aterrizó en aquella mesa se había convertido en algo diferente. Al mirarlo se intuía lo que contaba, de quien hablaba y las aventuras asomaban por encima como tiras de relatos.

Complacido, el hombre miraba su recién terminado trabajo y tras una sacudida de manos suspiró. Agarró una cachimba que guardaba en su bolsillo y la prendió. Dio una calada de aquel tabaco seco y echó el aire, espeso y gris. El enfado parecía haberse esfumado en ese aliento.

- Si es que es fácil encabronarse cuando la gente no tiene cuidado con la historia ¡Y mucho más cuando son las del barrio! De toda la vida reparando y reparando sin descanso a veces me olvido porqué lo hago...

Aferró la máquina contra su cuerpo y con la cachimba en la boca salió dando una patada a la puerta para apartarla de su camino y se marchó.

Había pasado casi medio día desde que llegué allí. Salí de mi escondrijo, estiré mis patas entumidas de no moverse y con curiosidad seguí indagando por el garaje. Ahora quería fijarme con detalle en las máquinas que quedaban por allí. Algunas parecían más antiguas que otras, más sucias o con aspecto arcaico, pero todas, todas, reflejaban algo diferente. Todas tenían algo que contar, como las personas o como los gatos.

En el costado de una de ellas se leía un nombre, Olivia. ¡Por supuesto que la conocía! Servía agua fresca para los gatos todos los días, era famosa por varias cosas entre ellas por ser vieja pero sólo tener canas en un mechón de su pelo, todas las señoras envidiaban su larga melena castaña oscura.

Puse mi atención en su historia, en lo que contaban sus teclas, y me enterneció la dulzura que brotaba de allí. Vivía en la calle Gacela desde que era una niña y no tenía intención de abandonar el barrio. Su calle parece pertenecer a otro lugar, llena de flores que cuida y riega cada día con una regadera azul cielo. Las vecinas decían que estaba medio loca, que siempre hablaba sola y que podía hablar con los animales. Sinceramente, a mí nunca me dedicó una palabra aunque es verdad que una vez la vi charlando con una oruga.

- ¡Así es amiga! ¡Cómete todos los bichejos antes de que llegue el gran momento!

No me parecía la historia de una loca. Las flores con sus aromas entonaban la calle y siempre era apetecible pasear por allí. Creo que no le gustaban los

espacios vacíos y las paredes estaban llenas de pintaderas y artesanías. Muchas veces se la escuchaba cantar como un pajarillo que añora a alguien. Vivía sola, como yo, pero nunca perdía la sonrisa de sus labios.

Continué gateando hacia delante y me acerqué a otra de las máquinas. Mis pupilas se dilataron. Muchas jaulas de pájaro asomaban, abiertas, rotas, vacías. Sabía de quien era aquella historia. Un cuento de nadie pero también de todos, sin nombre. Desde que nací recuerdo ver mucha gente irse, buscando algo mejor para vivir. Muchos jóvenes que volaron del nido familiar que tras años aguantaban en el barrio. Muchas personas alzarse lejos con sus cuentos.

Desde entonces habían pasado tantas personas por el barrio que había perdido la cuenta. En aquel taller pude reconocer a unos cuantos y descubrir a otros. Historias de jornaleros currando duro para sobrevivir y alimentarse, madres cocinando, barriendo, planchando, niñas creciendo, familias uniéndose, vecinos colaborando,... ¡Tantas y tantas! Ahora podía entender el trabajo que se hace en este lugar.

El viejo las escuchaba con atención, les daba cariño y un poquito de aceite de vez en cuando para devolverlas a sus dueños con la mayor de las alegrías. Las tendía al sol con delicadeza y las enseñaba a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharlas, y si no, las guardaba para que no cayeran en el olvido. Encajaba los argumentos con tornillos, pintaba las metáforas con pinceles y lijaba las historias tristes. Pulía los buenos recuerdos y colocaba en su sitio lo que muchos olvidaban.

Cuidaba las pequeñas anécdotas, las batallas cotidianas y las hazañas de los vecinos, cuidaba lo que pertenece a todos, la historia del barrio.

En ese momento pude entender porque rellenaba el plato cada día. Porque los vecinos siguen reuniéndose en los bancos, porque la regadera es azul cielo y porque las jaulas están abiertas.

Salí despacio del sitio, muy lentamente, como si hubiese despertado de un sueño. Caminé sin propósito hasta la cima. Subí por la Gacela hasta el cruce de las huellas estampadas en la pared, paseé bajo las banderillas de colores y vi los pájaros saliendo de sus casas sin rejas, salté por los tejados de planchas, me rocé con la ropa tendida caliente del sol y por fin llegué al punto más alto. Cansado del día me recosté sobre la hierba a mirar el horizonte, allá abajo ellos y aquí, nosotros.

Lo que me preocupa y me ronda la cabeza es quién continuará en el futuro honrando las historias que quedan por contar de este barrio, ¡que todavía son y serán muchas! Están en rincones escondidos, en las callejuelas más empinadas o en las sonrisas vecinales, sólo hay que saber golisnear.

Mientras anochece y la ciudad se alumbra a pie de risco, mañana habrá otros
cuentos a los que asomarse.

